

DESPUES DE LAS ELECCIONES...

LOS cálculos para las elecciones (no los "científicos", no los de encuesta y ordenador, sino los de olfato, los de sensibilidad política) suponen que UCD va a obtener una mayoría relativa de escaños, seguida a no mucha distancia por el PSOE. Al margen de la riña preelectoral entre los dos partidos, y sin hacer caso de las declaraciones que puedan hacerse —no hay por qué hacerlo— se ve la posibilidad de que los dos partidos formen una coalición, o la alternativa de que el PSOE se quede en una oposición fuerte y consistente, mientras UCD se basa para gobernar en una mayoría inclinada a la derecha. Existan siempre las posibilidades de que UCD obtenga mayoría absoluta o de que la obtenga el PSOE; más probable la primera por el enorme peso que el Gobierno arroja sobre el país por los medios que domina. En cualquier caso, las diferencias de escaños entre los dos partidos no van a ser muchas; parece, en cambio, que las otras minorías van a quedarse, más o menos, como están. De todas formas, el equilibrio político del país puede ir más lejos que lo que indique la división del parlamento. Las elecciones municipales, un mes después, pueden dar resultados distintos. Podría ocurrir que UCD tuviera mayoría parlamentaria y el PSOE la tuviese municipal. Como podría ocurrir que el PCE, con su minoría parlamentaria, tuviera una fuerza municipal mayor que, unida a su fuerza sindical, siguiera dándole una importancia primordial en el país. Por otra parte, los grupos de presión de la derecha clásica, las instituciones conservadoras, puede pesar mucho sobre un Gobierno UCD.

TANTO, que la imaginada coalición con el PSOE resultara imposible. Esta coalición no parece que esté hoy en el ánimo del señor Suárez ni de sus próximos colaboradores. Intentan, como todo partido, gobernar solos y el mayor número de años posible. Irían forzados a la coalición de los dos partidos.

¿Qué ventajas podría traer al país este Gobierno de dos partidos? Hay una teórica: la de sumar una amplia mayoría parlamentaria y un elevado número de electores en un esfuerzo extraordinario por sacar a España del bache moral, económico, social y político en que se encuentra. Otra de orden práctico: que entrarían en puestos de Gobierno y altos puestos de la administración personas nuevas, que evitarían en lo posible el nepotismo continuo de UCD. Los ministerios que le fuera atribuidos al partido coaligado podrían ofrecer algunas novedades, en lugar del estancamiento actual.

EL aspecto negativo de la coalición es, probablemente, de mayor peso. Lo que experiencias anteriores de otros países han ido demostrando es que los Gobiernos centro-izquierda terminan por estar dominados por uno de los dos partidos, o representan disensiones continuas en el seno del Gabinete sobre temas en que ninguno puede ceder. A veces se produce mayor inmovilismo que con un Gobierno monocolor. Y los dos partidos terminan por perder sus propias esencias. El Partido Socialista francés, en la época en que formaba parte o todo del Gobierno, en la época de Guy Mollet como secretario general, terminó hundándose desde un punto de vista electoral y moral: lo ha tenido que sacar adelante Mitterrand llevándolo a la oposición. El partido con el que alternaba el MRP ha desaparecido del mapa político: su centro equívoco se fue inclinando hacia la derecha hasta terminar en un fascismo abierto que le sumó a la OAS en la época del final de la guerra de Argelia. En Italia ha desaparecido también como fuerza de primer orden electoral el Partido Socialista y la Democracia Cristiana está en los

apuros que todos conocemos. Las alianzas, directas o disfrazadas, son siempre un desgaste suplementario. No se recuerda ninguna que haya sacado al país de sus problemas. En Francia, como en Italia, reforzaron el crecimiento de los Partidos Comunistas. Pero también una concreción de la derecha, un frente común adverso. Lo que podría producir en España es un recrudescimiento de los partidos y las fuerzas reales a la derecha de UCD, por hostilidad al socialismo, por desconfianza del supuesto centro: una desconfianza que ya existe, pero que se multiplicaría. Y, simultáneamente, un crecimiento de la fuerza a la izquierda del PSOE. Es decir, que la bipolarización ac-



"El aspecto negativo de la coalición es, probablemente, de mayor peso. A veces se produce mayor inmovilismo con un Gobierno monocolor". (Adolfo Suárez, durante su "contestado" presencia en Badajoz.)

"El ideal sería que el PSOE, dirigiendo la oposición por su número de escaños, contase con la colaboración del PCE sobre bases mutuas de honestidad y comprensión". (Felipe González, en el Club Siglo XXI.)

tual izquierda-derecha que si los cálculos no fallan se va a plantear en estas elecciones entre UCD y el PSOE, se irían a otros extremos. Lo cual puede tener sus ventajas, pero también sus inconvenientes. La labor de gobernar se haría más difícil.

PROBABLEMENTE UCD sabe en estos momentos —lo ha sabido siempre— que su fuerza está en una captación de votos de los llamados moderados y, al mismo tiempo, en una serie de pactos más o menos visibles con la derecha más conservadora de fuera del Parlamento —incluso de dentro—. No actúa de otra manera, aunque está continuamente desafiada por esa derecha para que se defina mejor. Y el PSOE no ignora que una forma de colaboración con los centristas le puede llenar votos y apoyos de la izquierda. No es un país donde la socialdemocracia tenga mucho presente, aunque pueda tener porvenir en un futuro lejano. La socialdemocracia es un Gobierno útil para países con una riqueza básica y unos problemas sociales mínimos: en ellos, es una forma muy posible de administrar el dinero de forma que la explotación sea mínima. No es tan fácil en Francia, a pesar de los intentos de Rocard y de Mauroy frente a Mitterrand, porque en Francia hay problemas sociales graves y porque el Partido Comunista es fuerte y representaría los votos de la izquierda decepcionada; no es fácil en Italia, por razones parecidas. España, con un problema acentuado de paro, con una acentuación de la lucha de clases, con una economía negra, tiene todavía pocas posibilidades para la socialdemocracia. Las ventajas internacionales que pueda traer probablemente no compensen, y



la idea de que la derecha va a combatir menos al PSOE porque le vea más moderado en apariencia puede irse abandonando por el momento. La derecha española matiza poco en este aspecto.

Si, como parece probable, UCD puede obtener en estas elecciones una posición como para gobernar apoyada en grupos menores, no va a querer hacer otra cosa. No parece tampoco que el PSOE debiera querer hacer otra cosa que representar la oposición; la oposición de izquierdas. Sería, probablemente, la opción más democrática posible dentro de las circunstancias del país. Un Gobierno más definido, más claro que el que ahora tenemos, menos enmascarado en sus opciones hacia la derecha, y una oposición de izquierdas que, desdeñando pactos y consensos, presentara las alternativas suficientes, hiciera la crítica del poder y presentara sus propias alternativas. La inversión de papeles —socialistas en el Gobierno, UCD en la oposición— probablemente no fuera tan clara: porque el PSOE no podría gobernar con arreglo a sus propios principios —presionado por las fuerzas internacionales y por la resistencia interior de fuera del Parlamento—, y porque UCD volvería a enmascarar sus propuestas. Pero está en lo posible.

El ideal sería que el PSOE, dirigiendo la oposición por su número de escaños, contase con la colaboración del PCE, sobre bases mutuas de honestidad y comprensión. Si UCD se vence hacia la derecha como es su vocación y como le van a elegir sus alianzas de dentro y de fuera del Parlamento, el PSOE tendría la del PC y otras fuerzas de izquierdas; un PC fuerte por sus sindicatos, y también por sus posibles puestos municipales. Ocurriera entonces que la cuestión derecha-izquierda, la bipolarización del país, estaría representada por el Gobierno y una oposición llevadas por partidos moderados. Esto, naturalmente, no va a suceder. Las desconfianzas de la izquierda entre sí y la utilización de sus fuerzas y el disimulo de sus debilidades no lo va a permitir.

Lo que, en todo caso, no debe suceder es regreso al consenso, a los pactos y al escamoteo de las formas democráticas abiertas. El número de abstenciones indicará probablemente a los partidos de la izquierda lo que han perdido con esa política; probablemente obligatoria, pero intrínsecamente mala. Y ni sólo para ellos, sino para el país. La atonía de esta campaña, el disgusto general ante las elecciones, son una muestra de todo ello. ■

LA TELEVISION ES SIEMPRE AJENA

UNA de las constataciones más curiosas que permite hacer esta campaña electoral es la de que la televisión no fascina, no domina, no atrae, no convence a nadie. Los espacios dedicados a los partidos políticos están horrorizando al espectador, en general. En particular, hay, por ejemplo, mujeres que sienten ganas de disparar cada vez que un nuevo rostro en la pantalla —femenino o masculino, de izquierdas o de derechas— les asegura que van a salvarlas del horrible engranaje en que parece que les hemos metido los hombres. Las cabezas parlantes, los himnos mal tocados —cada izquierda quiere presentar, por ejemplo, su versión de "La Internacional"; uno, en una versión de flauta como para Jean-Pierre Rampal; otro, en un xilófono al estilo de Lionesi Hampton—, las mesas de mitin con banderas delante, iconografía detrás... Aquí están los impecables centristas: ved cómo Sudrez sale sin arruga en la gabardina —dice el anónimo comentarista— del baño de multitud de Santiago de Compostela, donde fue "cual romero medieval"; allá los jóvenes barbudos que huyen de la imagen de la corbata y presentan sus camisas abiertas.

Si a un enemigo de la democracia y del régimen de partidos se le hubiera encargado de hacer esta serie de emisiones electorales, no lo hubiera conseguido mejor. ¡Qué desgaste! Y, sin embargo, cada uno se ha hecho la suya, cada uno ha elegido lo que ha creído mejor. Y entre todos incitan a la abstención.

¿Qué vamos a hacer con todo esto? ¡Si se pudiera votar a Kunta Kinte! Tan fiero, tan independiente, tan luchador... Pero no se presenta. Los que se presentan son éstos, imitadores del ayatollah, unos; de Giscard, los otros; estos torpes de palabra, enfiladores de tópicos, prometedores de paraísos, aburridos ciudadanos que, sin duda, no son así en la vida real, en la lucha por sus partidos y por sus ideales, pero que la televisión ha convertido en muñecos de palo, sin concurrencia posible con los grandes actores a que nos tiene acostumbrados el medio cuando recurre a los telefilms.

No entontece con la televisión quien quiere, sino quien puede. Nuestros políticos han querido entrar en la pantalla y no han sabido. Ni apenas han sabido tener una presencia digna.

Creemos el aparato a la hora de los comunicados. Si tenemos ya la conciencia política hecha, votemos a quien esa conciencia nos dicte, a quien nuestra reflexión nos indique. Olvidémonos de las personas; pensemos, si somos capaces, en los ideales. Si no tenemos la conciencia todavía hecha, busquemos otra manera de hacerla. Nuestros partidos, en una televisión que les gana, nos incitan a abstenernos, y luego nos podremos arrepentir toda la vida.

Una vez más resulta que la televisión no es la vida; es la vida que hay dentro de la televisión, que no tiene nada que ver con nosotros. Mientras es ajena, y es la televisión de ellos, nos permite estar en favor o en contra. Cuando es nuestra, nos decepciona. Nos fascina al revés, nos desatrae, nos repele. ■

POZUELO